

La montaña liberada:
Las monedas místicas de Angelus Silesius
in-traducidas por Ángel Darío Carrero

LUCE LÓPEZ-BARALT
Profesora Distinguida*
Universidad de Puerto Rico

*no hay plegaria
que prefieras sobre ésta:
adorada sea Tu voluntad
y hágase*

Angelus Silesius

“**L**a rosa es / sin por qué / florece / porque florece”. Tras haber apurado el cáliz infinito de la experiencia mística, Angelus Silesius aprendió a leer el lenguaje secreto con el que las cosas creadas entonan un cántico callado a Dios. Claro que Johannes Scheffler (1624-1677), quien firmaría su *Cherubinischer Wandersman* o *El peregrino querubínico* con el nombre de Angelus Silesius hacia fines del siglo XVII, cantó estos altos misterios en su alemán vernáculo, sirviéndose de epigramas alejandrinos rimados de “lacónica y sensible cadencia”. Así los describió aquel gran enamorado del místico que fue Jorge Luis Borges¹, quien, en su oda “Al idioma alemán” destacó a Silesius entre sus poetas preferidos: “Mis noches están llenas de Virgilio, / Dije una vez; también pude haber dicho / De Hölderlin y de Angelus Silesius”.

Ángel Darío Carrero, que también tiene por poeta predilecto a Johannes Scheffler, ha resuelto volver a entonar el encendido cántico alemán en castellano, partiendo de la versión original y siguiendo la ruta de las numerosas traducciones de que ha sido objeto al inglés, italiano, francés y español. A la traducción pionera de Borges y María Kodama (1981) han seguido las de Rogelio Rodríguez Cáceres, Lluís

*El más alto reconocimiento que otorga la Universidad de Puerto Rico a un docente, sin que este se haya retirado.

¹ Jorge Luis Borges y María Kodama, *Cien dísticos del viajero querubínico de Angelus Silesius*. Ediciones de la Ciudad, Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1981, p.10.

Duch Álvarez y Juan Campo Pampliega: nuestro poeta las ha compulsado todas y, tras trabajar con ellas –pero sobre todo con el original alemán– por cerca de 18 largos años –soy testigo de ello– nos entrega un libro de renovada pasión que convierte los venerables dísticos silesiusianos en un inesperado libro de oración. De una oración tan osada y tan abismalmente sincera que logra que el antiguo poema alemán consuene con nuestra sensibilidad contemporánea. No es poco. Estamos ante un libro de madurez en el contexto de la obra poética anterior de Ángel Darío, y no dudo en calificarlo como único en la historia de la poesía puertorriqueña, pues constituye un inesperado diálogo intertextual con la poesía alemana del siglo XVII. Estamos ante una gesta poética sin duda poco usual en nuestras letras.

Ángel Darío comienza por reconfigurar el título del *Peregrino querubínico*, eliminando sabiamente la noción de “peregrinaje”, de seguro porque intuye que el antiguo cantor ya ha terminado de recorrer su camino espiritual y canta desde la cima misma del éxtasis. El poeta puertorriqueño que ahora vacía en odres nuevos los dísticos alemanes tan sólo aspira a dejar su huella inquieta –de ahí su título, la *Inquietud de la huella*– en las incomparables *monedas místicas* de Silesius. Fue Borges, como se sabe, quien denominó así los dísticos alemanes. Pero el nuevo cantor deja mucho más que su simple huella: me atrevo a sugerir que logra cantar al unísono con Silesius– que, curiosamente, fue fraile franciscano como él. Estamos escuchando dos poetas a la vez, pero tan extraordinariamente bien geminados que no advertimos fisura alguna en su canto unificado. Precisamente al intuirlo tan de cerca es que Ángel Darío logra arrancar a Silesius sus mejores quilates y potenciar sus mayores aciertos poéticos.

Claro que, ya se sabe: *traduttore, traditore*. Hay que admitir que Ángel Darío ha “traicionado” los dísticos alemanes aun más que sus antecesores, hasta el punto de declararse no traductor, sino “intraductor” de ellos, haciéndose eco del feliz término del poeta brasileño Augusto de Campos. Este proceso de permitir que consuenen las dos voces poéticas juntas, como explica el poeta en su ‘Nota aclaratoria’ al libro, no es nuevo, pues el propio Silesius lo practicó a su modo al apropiarse de pasajes de Meister Eckhart, Jacob Boheme y Daniel

Czepko von Reigesfeld.

Importa que veamos más de cerca los pormenores de esta lograda “traición” poética gracias a la cual podemos escuchar a Silesius con más cercanía espiritual que nunca. Pese a lo mucho que me han conmovido siempre la desgarradora pasión y las paradojas místicas del poeta alemán, algunos de sus epigramas me parecían distantes. Muchos constituían expresiones afirmativas de sabiduría condensada, mientras que otros se plegaban al discurso aleccionador propio del sermón y a la teología cristocéntrica e incluso contrarreformista. Uno de los primeros aciertos, a mi ver, de este libro que hispaniza los dísticos de Silesius es que el nuevo poeta ha exprimido en la medida de lo posible el dogma y la alusión eclesial cerrada de muchos versos originales para permitir que vuelen con una libertad inusitada. Podemos atisbar de cerca el proceso porque el intraductor consigna al extremo de cada página la versión original alemana de los poemas. Así advertimos que en la nueva modulación del epigrama 62 el intraductor evita la alusión a la cruz del Gólgota, quintaesenciándola simplemente en “la cruz” (p. 88). En el dístico 103 (p. 129), la voz “Mesías”, tan cargada de historia y de pugnas teológicas, se suaviza como “el Enviado”. Hasta tal punto logra el nuevo poeta aligerar las anclajes histórico-teológicos de Silesius que estos nuevos versos libérrimos, sin dejar nunca de pertenecer al místico alemán, parecería que los pudiera haber firmado también un budista o un sufi. En su nueva versión Silesius nos pertenece a todos y es capaz de celebrar a Dios desde cualquier confesión religiosa. Tanto es así, que la “intraducción” de Angel Darío Carrero podría convertirse en un instrumento excelente para el diálogo interreligioso.

Pero sin duda la novedad más importante de la versión española del *Peregrino querubínico* es el cambio que el nuevo poeta introduce en la dirección del diálogo: mientras Silesius hablaba con los fieles en tercera persona –opción que dotaba a su voz de un obligado aliento catequista– ahora Angel Darío decide hablar de tú a Tú con Dios. Lo que antes Silesius explicaba a sus lectores píos, el poeta puertorriqueño osa hablárselo directamente a la Deidad. Este sutil pero decisivo giro del caleidoscopio poético logra el prodigio: ahora los dísticos no aleccionan, sino que oran; no instruyen, sino que danzan. Observa

Juan Martín Velasco en su prólogo al libro que *El peregrino querubínico* pasa ahora a ser, de “teología en verso’ a lenguaje de la experiencia” (p. 15). El dirigirse a un “Tú” supremo, en efecto, ha convertido los poemas en plegaria en un abrir y cerrar de ojos. Este osado experimento poético nos permite descubrir, por más, las plegarias solapadas que subyacían los versos originales, las mismas que Silesius susurraría a su Creador sin límites en alguna Iglesia alemana del siglo XVII borrada por el tiempo. Es como si Ángel Darío hubiese levantado el velo de pudor que cobijaba las antiguas oraciones silenciadas, que nos devuelve con su pasión palpitante intacta. Conmoverador acierto: la “traición” del intraductor puertorriqueño ha logrado colocarnos más cerca de la vida espiritual íntima de Silesius de lo que hicieron sus propios dísticos originales. Como botón de muestra vaya el poema 17, en el que el novedoso “tú” convierte al poeta en hermano inmediato de Cristo; incluso, en figura crística. Al alterar las personas gramaticales del poema original, el interlocutor se funde espiritualmente con el Salvador, y ya no se sabe a ciencia cierta quién es realmente el “hijo” de Dios—el ser humano o Jesús. O más bien, el ser humano *y* Jesús. Al obviar la alusión directa a Cristo, hijo de Dios, que hizo Silesius en el dístico original, el intraductor ambigua el verso y amplía su posible significado: “estoy sentado a tu diestra / tu espíritu / tu carne / y tu sangre / me han reconocido / soy tu hijo” (p. 43). No sabemos si habla Jesús o si habla el poeta místico: conmoveradora manera de declararnos hermanos en Cristo, no cabe duda. Este novedoso diálogo poético en segunda persona me lleva a recordar las palabras de un amigo sacerdote que me aseguraba que si Pedro Salinas hubiera puesto una “T” mayúscula en el reiterado “tú” de que hace gala la *Voz a ti debida*, en vez de un poemario de amor a una mujer habría escrito un poemario místico.

En una nueva trasgresión literaria, el poeta puertorriqueño no se constriñe a la apretada fórmula cadenciosa de los alejandrinos originales, sino que los hace volar en versos libres, que danzan ahora con un nuevo ritmo. Juan Martín Velasco celebra el experimento poético: “Se diría que, a la llamada del traductor, los yacientes alejandrinos alemanes se han puesto en pie, han quedado suspendidos en el aire, dando así la impresión de levedad, el ritmo ascensional

que corresponde a su contenido espiritual, al fuego que ha abrasado todo lo que pesaba, y al movimiento de divinización que quieren expresar” (p. 15). Los versos, en efecto, ahora llamean en espiral y ejecutan la danza ritual del fuego místico abrasador. Silesius está celebrando a Dios desde la cima misma de la experiencia teopática, y estos nuevos versos volatilizados corresponden con más fidelidad al espacio rarificado del éxtasis que los alejandrinos de ritmo silábico uniforme. Al menos, así lo sentimos los lectores del siglo XXI.

El poeta intraductor no descarta, de otra parte, fundir los títulos de los versos en el cuerpo mismo del poema, ni alterar el orden de los versos. El dístico 5, que en la versión de Borges, muy fiel por cierto al original alemán, lee “No sé lo que soy, no soy lo que sé: una cosa y una no cosa, un punto y un círculo” (p. 13), lee hora así:

No sé lo que soy

una cosa y no una cosa
un punto y un círculo

no soy lo que sé (p. 31).

En la nueva modulación poética la reflexión ontológica de Silesius queda potenciada: aunque el emisor de los versos sea incapaz de conocer los límites de su alma infinita, sabe bien que ésta no se corresponde en absoluto con lo que conoce de su propio yo en este plano diurno de conciencia. El orden de los versos se pliega pues al significado profundo el poema en la nueva intraducción: una vez más, Angel Darío pone de relieve el mensaje subliminal de Ángelus Silesius.

Como adelanté, el conjunto del *Peregrino querubínico* constituye el relato de las vivencias de un alma ya en presencia de Dios, más que en camino hacia Dios. El recuento de esta experiencia frutiva del Todo, intensamente autobiográfica, forma escuela con las *Confesiones* de san Agustín y las *Moradas* de Santa Teresa, sólo que, como veremos enseguida, resulta aun más osada. Veamos más de cerca los extremos de esta vibrante *Song of Myself*, por parafrasear a aquel rotundo cantor del yo profundo que fue Walt Whitman. Como el vate

norteamericano, Silesius podría exclamar “Do I contradict myself? Very well then: I do contradict myself; I am large, I contain multitudes”. Los místicos suelen expresar las distintas modulaciones del alma en proceso teopático con un lenguaje apofático a base de paradojas: como saben bien que la experiencia de la unión con Dios sobrepasa el lenguaje, cuando afirman algo acerca de Dios, enseguida se desdicen con la afirmación contraria. Recordemos “la música callada” de san Juan de la Cruz: el poeta describe a Dios como música, pero como realmente Dios no es así, enseguida se desdice acallando la melodía enunciada. Otro tanto Silesius, que parecería contradecirse pero que en realidad no hace otra cosa que luchar contra un lenguaje insuficiente: recordemos la célebre *coincidencia oppositorum* de Nicolás de Cusa, campeón de la *Docta ignorantia*. Evoquemos también “El Aleph” infinito que Borges intenta inútilmente abarcar con el lenguaje: “arriba ahora al centro de mi relato: comienza aquí mi desesperación de escritor”. Estamos la lucha agónica de todo escritor místico que se obstina por dar noticia de su experiencia suprav verbal. Lo dice Silesius con su palabra incomparable: amo / una sola cosa / no sé lo que es / y porque no sé / la elijo” (p. 69). Una lectura comparativa del original y su versión hispánica nos confirman que los “dislates” del místico alemán siempre quedan potenciados en su nueva versión española: ello no es de extrañar, pues la poesía de Ángel Darío Carrero se encuentra entreverada de paradojas semejantes. Es obvio que el intraductor está a gusto con su poeta elegido, y que logra embellecer aun los dísticos que los demás traductores dejaron de lado por su modesta calidad estética.

Aunque por el espacio limitado de estas páginas es imposible hacer un cotejo constante con los versos originales, importa que advirtamos la pasión renovada con la que Silesius celebra su engolfamiento en el seno último de Dios. Como el camino del alma ha tocado a su fin, el emisor de los versos se sabe a salvo no sólo del mundo creado, sino incluso de la intercesión misma de los ángeles. Curioso que lo diga

² Silesius llega al extremo de sentir su alma endiosada por encima de la mismísima Virgen María: “María/ enaltecida en los cielos/ se que puedo subir/ aun más alto que tú/ y que todo el tropel / de los santos/ siempre todavía más allá” (p. 312).

quien se llamó a sí mismo “querubínico”², pero hay que saber que su posición antropocéntrica es cónsona con los postulados del renacentista Pico della Mirandola, que postulaba en su *Ensayo acerca de la dignidad del hombre* que éste puede sobrepasar la condición angélica por su capacidad de unirse con Dios mismo. Oigamos cómo lo dice Silesius en su nuevo odre hispánico:

Déjenme, serafines,
que no pueden calmar mi sed

fuera de aquí
todos los ángeles
con su gloria y resplandor

déjenme solo
frente al mar increado
sobre la cresta de las olas
Divinidad desnuda
me arrojaré (p. 29).

Con su constante alusión a los abismos del mar o al espacio interestelar Silesius sugiere poderosamente la tesitura infinita del trance místico. El poeta puertorriqueño nada muy a gusto por estos mares silesiusianos sin orillas porque, una vez más, han sido *leit motiv* de sus propios ver-sos. Los dos abismos del alma insondable del místico y la esencia infinita de Dios se llaman: “Para encontrar / mi principio y mi fin último / debo sumergirme en ti / y tú en mí” (p. 32). Toda posible ruta trazada estalla en este camino que culmina vertiginosamente en el Todo para este poeta que siente tener “el cielo y las estrellas” como “racimo al alcance de [su] mano” (p. 256) pues ha sido elevado en Dios más arriba “que los luceros del alba” (p. 308). Pese a la imposibilidad de medir la Esencia ili-mitada de Dios, los dos poetas, el alemán y el puertorriqueño, descubren al unísono que ellos también son *sin medida*: “busco tu fundamento / te sondeo / sin sonda / te mido / sin medida / ¡al fin lo comprendo! / soy uno contigo” (p. 68). He aquí el secreto último de la unión con Dios: somos Dios

“por participación”, como glosaría, pudoroso, san Juan de la Cruz. Eso lo dijo el Reformador en su prosa, cuando se vio en la necesidad de explicitar unos versos que fueron tan osados en sus afirmaciones místicas como los que escribió Meister Eckhart. O los que habría de escribir Silesius.

No es de extrañar que muchos estudiosos hayan advertido el sabor panteísta del contemplativo alemán, que Ángel Darío respeta al máximo: “no puede existir / muerte más dichosa / desaparecer en ti / contigo” (p. 54). Los excesos de la experiencia mística, hay que admitirlo, han hecho proferir este tipo de exclamación a los místicos de todas las persuasiones religiosas. “Amada en el Amado transformada” dejó dicho, sin ambages, san Juan, quien también había asegurado que el alma se “endiosa” y se “deifica” en la culminación del abrazo con Dios. Lo supo bien el sufi Al-Hallach, que exclamó “¡Yo soy la Verdad! –*Ana l-Haqq*– y Al-Bistami, que terció, en vez de *subhan Allah* (“Gloria a Dios”) *subhani* (“gloria a mí”). Ya más cerca de nosotros, Ernesto Cardenal tampoco tuvo reparos en celebrar lo absoluto de su unión con Dios: “no es lo mismo estar juntos que ser lo mismo”. Importa no malentender estas avasallantes “songs of Myself”: hoy muchos expertos en teología mística suavizan los alcances de lo que quisieron expresar estos contemplativos que en sus éxtasis unitivos sintieron que participaban momentáneamente de la Esencia Divina. Los he evocado para que no nos dejemos asombrar demasiado por las exclamaciones de Silesius, que son de las más extremas de toda la mística cristiana. Espigo al azar algunos de sus “dislates” más arriesgados: “Soy tu propia imagen” (p. 131); “¿Acaso podríamos estar más íntimamente unidos?” (p. 37); “el deificado / no puede separarse / de ti” (p. 274); “me han llamado hijo / podrían igualmente / haberme llamado Dios / te han reconocido / a ti en mí / a mí en ti / porque tú y yo / somos lo mismo” (p. 281). El intraductor potencia al máximo los dísticos originales de Silesius, que a menudo son algo más píos en la versión alemana original. “Seré María / y te daré a luz”, exclama Ángel Darío, quintaesenciando a traición otro de los poemas del *Peregrino querubínico*.

Dios busca al poeta místico con el mismo ardor con que lo busca el

místico abrasado de amor: “cuando te grito: / ¡mi Dios y mi todo!/ escucho/ el eco de tu voz/ que me dice / ¡mi amor y mi todo!”. La dicha de ser infinito es tal que Dios mismo tiene que medirse con su criatura: “estoy / tan unido a ti / que no puedes condenarme / a no ser/ que te arrojes / conmigo / a las llamas/ y a la muerte” (p. 123). Vamos de extremo en extremo “en verdad no eres nada / eres algo / tan solo / porque me has elegido” (p. 227). También san Juan supo de esa momentánea impecabilidad del alma unida a Dios, donde todo se armoniza: “ya bien puedes mirarme / después que me miraste / que gracia y hermosura en mí dejaste”. El beso embellecedor de Dios identifica la criatura con su Creador: “Somos / el intercambio” (p. 132), afirman al unísono Ángel Darío y Silesius. Estamos ante un diálogo de esencias devenidas infinitas, un diálogo de igual a igual: para potenciar esta verdad, el intraductor puertorriqueño obliga los versos a mecerse rítmicamente:

me importas tanto
como yo a ti

yo te ayudo
a mantener tu ser
y tú el mío

Me sostienes

te sostengo

eternamente
columpiamos (p. 126).

Hasta aquí venimos escuchando al místico inmanente: el que, según la teórica Evelyn Underhill, siente a Dios íntimamente cerca. Lo percibe como un Amado en el que se subsume con absoluta confianza. Estos son, según la experta, los místicos más “sanos” y amorosos de todos. San Juan llamaba a la Deidad con deliquios amartelados como “vida mía” y “mis amores”, mientras que Silesius no se queda atrás con sus apelativos tiernos de “vida mía” y “mi luz” (p. 41). Pero no todo son

caricias verbales en el *Peregrino querubínico*. Llega el momento en el que Silesius se asombra de su inusitada cercanía al Dios trascendente, y lo siente a veces como un Ser infinitamente alejado de su criatura. Se convierte así en un místico emanente, es decir, ya distante de su omnipotente Creador. Nuevamente nos columpiamos de un extremo a otro en el cántico místico alemán hoy hispanizado. La intraducción del siguiente dístico es realmente conmovedora por su ternura y su vulnerabilidad: “si es verdad / que soy una criatura / salida de ti / ¿cómo es que aún me mantienes / en tu seno? / acláralo / sin separarme de tu lado” (p. 133). El infierno, por cierto, acecha aun desde el fondo del alma del místico endiosado: “el cielo está dentro de mí / también anidan dentro / los tormentos infernales / lo que yo elija/ vivirá conmigo” (p. 171). La criatura, como es de esperar en esta nueva modulación del éxtasis, depende completamente de su Padre Eterno: “si miro al sol / y pierdo la vista / serán culpables mis ojos / no tu gran luz” (p. 204). Hemos pasado de la confianza más atrevida a la admisión del estado subordinado de toda criatura: *gyra gyrando vadit spiritus*.

And yet, and yet... la nota fundamental del *Peregrino querubínico*—tanto en alemán como en la versión hispana que lo potencia—ha sido la celebración exultante, incluso, osada, del éxtasis unitivo. Volvamos al dístico más famoso de Silesius: “La rosa es/ sin porqué/ florece/ porque florece/ no se presta atención/ a sí misma/ no pregunta/ si alguien la ve” (p. 315). Ahora estamos mejor dispuestos a comprender el alcance místico del aparente *laissez faire* despreocupado de la célebre rosa silesiusiana, de sobretonos budistas. Es precisamente un maestro Zen, Shizuteru Ueda, quien interpreta el “dejamiento” de la rosa: “el florecer de la rosa ya no es un fenómeno natural, sino un acontecimiento en Dios, un evento divino: ‘la rosa ha florecido desde toda la eternidad en Dios’” (p. 335). Cuando Silesius y su intérprete Ángel Darío enuncian con unción el florecimiento de la rosa, hacen referencia a la morada mística más alta: aquella en la que el contemplativo asume ya el universo *sub specie aeternitatis*. Ernesto

³ *Vida en el amor*, Ediciones Nicarao, Managua, p. 100.

Cardenal lo aclara en su *Vida en el amor*: “un animal o un árbol [constituyen] un mensaje fiel que expresa sin ninguna tergiversación posible lo que Dios exactamente quiere expresar con eso, y nada más que eso. Toda cosa material es la perfecta obediencia. Cada cosa cumple fielmente en su ser lo que Dios quiere que sea. Cada estrella, como dice el profeta Baruc, está contestando en el cielo: “¡aquí estamos!”. Todas las cosas irracionales son el deseo cumplido de Dios”³. Por eso el poeta nicaragüense pudo afirmar que todo ora en el universo: el coyote cuando aúlla solitario en la noche, la paloma cuando arrulla dulcemente, el ternerito tierno cuando llama a su madre, las ranas cuando croan, Romeo cuando silba bajo el balcón de Julieta. San Ignacio lo supo bien, pues cuando acariciaba con su bastón de hombre viejo las florecillas del campo les decía: “callad, ya sé lo que me decís”⁴. El místico que es capaz de celebrar con unción el obediente florecer de las flores, simple pero milagroso, conoce de primera mano la armonía última del universo en el seno de Dios. Lo explicita Silesius: “La rosa / que ven mis ojos / ahora / florece / en ti / desde siempre / y para siempre” (p. 134). Comulgar desde adentro con la rosa humilde permite orar la máxima plegaria: “Hágase Tu voluntad”. Lo supo bien el místico alemán, que reza en español con Ángel Darío Carrero: “no hay plegaria / que prefieras sobre ésta: / adorada sea Tu voluntad / y hágase” (p. 258).

Salta a la vista que las monedas místicas de Silesius, en su nueva acuñación bajo el sello inquieto de la huella de Ángel Darío Carrero, exhiben con fuerza renovada todo el manantial de riqueza inagotable de la vividura mística. Emocionante pensar que el venerable *Peregrino querubínico* alemán ha adquirido un cobijo poético puertorriqueño. Silesius escribió de un tirón en cuatro días su peregrinaje místico y a nuestro poeta, como dije, le tomó 14 años lograr esa “montaña liberada” que constituye su intraducción, con la que logra poner a orar al siglo XXI al son de los dísticos renovados del gran poeta alemán. Como se sabe, Silesius estudió alquimia, y plasma en sus versos el

⁴ Hipólito Jerez, S. J., *Ternuras ignacianas*, Bogotá, 1941, p. 32.

⁵ Vaya como ejemplo el dístico 280: “la piedra del alquimista / nada es / la piedra angular / es tintura de oro / piedra de todos / los que aman la sabiduría” (p. 306).

lenguaje secreto de esta ciencia, que habla de la conversión secreta del alma en Dios⁵. Nuestro poeta intraductor, alquimista a su vez, ha logrado obrar el milagro de darnos a leer dos poetas en uno. Ninguno pesa más que el otro: ambos se compenetran y se potencian mutuamente. Asistimos al misterio místico del *Unus/ambo* –“el Uno que es dos”– hecho poesía.

¿Qué pulsión secreta movería a un escritor isleño a acometer una empresa tan ingente como la de verter por primera vez en español la totalidad del Libro I del *Cherubinischer Wandersman*? Estamos ante uno de esos misterios, como diría Don Quijote, “cuya averiguación no se ha de llevar hasta el cabo”. Ya lo dijo Silesius: *La rosa es sin por qué/ florece porque florece*. No me queda sino celebrar que esta rosa *sin por qué* haya florecido esta vez en mi tierra puertorriqueña.

Gracias, Ángel Darío, por hacerlo posible.